

HISTORIA DE UN CRIMEN
DECLARACIÓN DE UN TESTIGO

*Este libro es más que actual; es urgente.
Lo publico.*

Victor Hugo

París, 1 de octubre de 1877

PRIMERA JORNADA

LA ENCERRONA

I. SEGURIDAD

El primero de diciembre de 1851, Charras se encogió de hombros y descargó sus pistolas. De hecho, era humillante creer en la posibilidad de un golpe de Estado. La hipótesis de una acción ilegal por parte de Luis Bonaparte se desmoronaba frente a un análisis serio de los acontecimientos. El asunto de mayor envergadura por el momento era, evidentemente, la elección de Devinck; no había duda respecto a que el Gobierno no pensaba más que en esto. En cuanto a un atentado contra la República y contra el pueblo, ¿es que alguien podía tener semejante premeditación? ¿Dónde estaba el hombre capaz de concebir semejante idea? Para representar una tragedia se necesita un actor; y en este caso, ciertamente, el actor faltaba. Violar el derecho, suprimir la Asamblea, abolir la Constitución, estrangular la República, aterrorizar a la nación, mancillar la bandera, deshonorar al ejército, prostituir el clero y la magistratura, salir bien librado de la aventura, triunfar, gobernar, administrar, exiliar, desterrar, deportar, arruinar, asesinar, reinar, con tales cómplices que la ley acabase siendo el lecho de una mujerzuela, ¿cómo podrían cometerse todas estas enormidades! ¿Y por quién? ¿Por un coloso? ¡No!; por un enano. Provocaba risa. No se decía: «¡Qué crimen!», sino: «¡Qué farsa!». Porque, en definitiva, se reflexionaba así: «Las fechorías requieren personajes de una cierta talla. Ciertos crímenes no están al alcance de todo el mundo. Para hacer un

18 Brumario es preciso contar con un Arcole¹ en el pasado, y con un Austerlitz² en el porvenir». Se decía: «¿Qué es el hijo de Hortensia? Detrás de él está Estrasburgo en lugar de Arcole, y Boulogne en lugar de Austerlitz; es un francés nacido en Holanda y nacionalizado suizo; es un Bonaparte cruzado de Verhuell; no es célebre más que por su naturaleza y su pose imperial. Quien arrancase una pluma de este águila correría el riesgo de encontrar entre sus manos una pluma de ganso. Bonaparte no hará carrera en el ejército; es una figura contrahecha, menos oro que plomo; y, ciertamente, nuestros soldados no se rebelarán, ni cometerán atrocidades, masacres, atentados, traiciones, por ese farsante de Napoleón. Si intentase una bribonada abortaría. No se movería ni un solo regimiento. Pero, además, ¿por qué creer que lo intentaría? Sin duda no todo está claro; pero ¿por qué suponerle tan perverso? Semejantes actos superan sus posibilidades; si es materialmente incapaz, ¿por qué considerarlo capaz moralmente? ¿No se ha comprometido bajo su honor? ¿No ha dicho: “Nadie en Europa duda de mi palabra. No temamos nada”?». A lo cual podía responderse: «Los crímenes se hacen en pequeña o en gran escala; en el primer caso se es un Mandrin; en el segundo, un César. César pasa el Rubicón; Mandrin salta la alcantarilla». Pero los hombres sensatos intervenían: «No cometamos la equivocación de hacer conjeturas ofensivas. Este hombre

1. N. del E. La Batalla del puente de Arcole tuvo lugar entre el 15 y 17 de noviembre de 1796 en Arcole, provincia de Verona, en el nordeste de Italia. La batalla enfrentó a franceses, dirigidos por Napoleón, contra los austriacos al mando del general Joseph Alvinczy.

2. N. del E. La Batalla de Austerlitz, también conocida como la Batalla de los Tres Emperadores, fue una de las mayores victorias de Napoleón en las que venció a la Tercera Coalición, un ejército ruso-austriaco bajo mando del Zar Alejandro I de Rusia y del emperador Francisco II del Sacro Imperio Romano Germánico.

ha sido exiliado y desdichado; el exilio ilumina y la desdicha corrige».

Luis Bonaparte, a su vez, protestaba enérgicamente. Eran numerosos los hechos que lo justificaban. ¿Por qué no iba a tener buena fe? Había adquirido importantes compromisos. Hacia el final de octubre de 1848, siendo candidato a la presidencia, fue a la calle de la Tour-d'Auvergne, número 37, para entrevistarse con una persona y le dijo: «Vengo a tener una explicación con usted. Se me calumnia. ¿Le parece acaso un insensato? ¿Se imagina usted que pretendo imitar a Napoleón? Hay dos hombres a los que la ambición puede darles la característica de modelos: Napoleón y Washington. Uno era un hombre genial, el otro, virtuoso. Es absurdo decir: “Yo seré un hombre genial”; en cambio es honesto decir: “Yo seré un hombre virtuoso”. ¿Qué es lo que depende de nosotros?; ¿qué es lo que está al alcance de nuestra voluntad? ¿Ser un genio? No. ¿Ser un hombre de bien? Sí. Tener genio no es una meta posible; tener honradez, sí lo es. ¿Y qué podría resucitar a Napoleón?; una sola cosa. Un crimen. ¡Bonita ambición! ¿Por qué suponerme loco? La República está constituida; yo no soy un gran hombre, no imitaré a Napoleón. Pero soy un hombre honrado y seguiré el ejemplo de Washington. Mi nombre, el nombre de Bonaparte, constituirá dos páginas de la historia de Francia: en la primera constará el crimen y la gloria; en la segunda la probidad y el honor. Y puede que la segunda valga más que la primera. ¿Por qué? Porque si bien Napoleón es más eminente, Washington es mejor. Entre el héroe culpable y el buen ciudadano yo elijo al buen ciudadano. Esta es mi ambición».

Tres años transcurrieron entre 1848 y 1851. Se había sospechado de Luis Bonaparte durante mucho tiempo; pero las sospechas prolongadas desconciertan la inteligencia y se desgastan por su inútil duración. Luis Bonaparte había teni-

do ministros dobles, como Magne y Rouher; pero también tuvo ministros simples, como Léon Faucher y Odilon Barrot. Estos últimos afirmaban que Luis Bonaparte era honrado y sincero. Se le había visto golpeándose el pecho delante de la puerta de Ham³; su hermana de leche, señora Hortensia Cornu, escribía a Mieroslawsky: «Soy una buena republicana y respondo por él»; el amigo de Ham, Peauger, hombre leal, decía: «Luis Bonaparte es incapaz de una traición». ¿No había escrito Bonaparte el libro *Pauperismo*? Entre los que componían círculos íntimos del Elíseo, figuraban el conde Potocki, que era republicano, y el conde D'Orsay, que era liberal; Luis Bonaparte decía a Potocki: «Yo soy un demócrata», y a D'Orsay: «Yo soy un liberal». El marqués de Hallays era contrario al golpe de Estado, y la marquesa era partidaria de él. Luis Bonaparte advertía al marqués: «No temáis nada» (aunque también es cierto que decía a la marquesa: «Estad tranquila»). La Asamblea, después de haber mostrado ciertas veleidosas inquietudes, se había tranquilizado. Se contaba con el general Neumayer, «que era seguro» y quien, desde Lyon, donde se encontraba, marcharía sobre París. Changarnier escribía: «Representantes del pueblo, deliberad en paz». El mismo Luis Bonaparte había pronunciado estas famosas palabras: «Yo vería a un enemigo de mi país en cualquiera que quisiera cambiar por la fuerza lo que está establecido por la ley». Además, la fuerza era el ejército; el ejército tenía jefes, jefes queridos y victoriosos: Lamoricière, Changarnier, Cavaignac, Le Flô, Bedeau, Charras. ¿Se podía imaginar al ejército de África deteniendo a los generales de África? El viernes 28 de noviembre de 1851, Luis Bonaparte dijo a Michel de Bourges: «Aunque quisiera hacerlo, no podría. Ayer, jueves, invité a mi mesa a cinco de los coroneles de la guarnición de París; me permití

3. N. del T. Ham: fuerte en el que Luis Bonaparte estuvo prisionero tras su fracasado golpe de 1840, y del que se fugó el 25 de mayo de 1846.

representar la comedia de interrogarlos uno a uno; los cinco declararon que jamás el ejército se prestaría a un golpe de fuerza ni atentaría contra la inviolabilidad de la Asamblea. Podéis decir esto a vuestros amigos». «Y sonreía —contaba Michel de Bourges—, y yo también lo hice». A continuación, Michel de Bourges dijo desde la tribuna: «Es mi hombre». En ese mismo mes, a causa de una denuncia por calumnia del presidente de la República, un periódico satírico se vio obligado a satisfacer una multa y su director fue encarcelado. El motivo había sido una caricatura que representaba un tiro al blanco en la que Luis Bonaparte apuntaba a la Constitución. Habiendo declarado en el Consejo el ministro del Interior, Thorigny, que jamás un depositario del poder debía violar la ley, porque de otro modo sería... «un hombre deshonesto», el presidente le replicó con vehemencia. Todas estas palabras y todos estos hechos eran del dominio público. La imposibilidad material y moral del golpe de Estado era evidente para todo el mundo. ¡Atentar contra la Asamblea Nacional! ¡Arrestar a los representantes! ¡Qué locura! Se acaba de ver que Charras, que se había mantenido en guardia durante mucho tiempo, renunciaba a toda precaución. La seguridad era total. Desde luego, éramos unos pocos los que abrigábamos ciertas dudas y a menudo movíamos la cabeza; pero pasábamos por imbéciles.

II. PARÍS DUERME; GOLPE DE CAMPANILLA

El 2 de diciembre de 1851, el representante Versigny del Alto Saona, que vivía en la calle Léonie, número 4, de París, dormía. Dormía profundamente: había trabajado buena parte de la noche. Versigny era un joven de treinta y dos años, rubio, de expresión dulce y ánimo valeroso, que se dedicaba a los estudios sociales y económicos. Había pasa-

do las primeras horas de la noche estudiando un libro de Bastiat en el que hacía anotaciones. Después, con el libro abierto sobre la mesa, se quedó dormido. De pronto, fue despertado por un brusco golpe de campanilla. Se enderezó en su asiento. Era muy temprano. Alrededor de las siete de la mañana.

Sin imaginar cuál podía ser el motivo de una visita tan intempestiva y suponiendo que se habrían equivocado de puerta, volvió a echarse e iba a reconciliar de nuevo el sueño cuando un segundo golpe de campanilla, más significativo aún que el primero, le despertó definitivamente. Se levantó en mangas de camisa y se encaminó a la puerta.

Entraron Michel de Bourges y Théodore Bac. Michel era vecino de Versigny. Vivía en la calle de Milán, número 16.

Ambos estaban pálidos y parecían vivamente agitados.

—Versigny —dijo Michel—, vístase de inmediato. Acaban de arrestar a Baune.

—¡Bah! —exclamó Versigny—, ¿es que vuelve a empezar el asunto Mauguin?

—Peor todavía —respondió Michel—. La esposa y la hija de Baune estuvieron en mi casa hace una media hora. Me despertaron. Baune ha sido detenido en su misma cama a las seis de la mañana.

—¿Qué significa esta historia? —preguntó Versigny.

Volvió a sonar la campanilla.

—Aquí llega probablemente quien nos lo va a decir —respondió Michel de Bourges.

Versigny abrió la puerta por segunda vez. Era el representante Pierre Lefranc. En efecto, él tenía la clave del enigma.

—¿Saben qué es lo que pasa? —dijo.

—Sí —respondió Michel—, Baune está en la cárcel.

—Es la República quien está prisionera —informó Pierre Lefranc—. ¿Han leído los anuncios?

—No.

Pierre Lefranc les explicó que en aquellos momentos las paredes eran cubiertas de carteles, que los curiosos se apresuraban a leerlos, que él se había acercado a uno de ellos en la esquina de su calle y que el golpe estaba dado.

—¿El golpe? —gritó Michel—. ¡Dirá el crimen!

Pierre Lefranc añadió que había tres carteles, un decreto y dos proclamas, los tres en papel blanco y pegados los unos a los otros.

El decreto estaba impreso en grandes caracteres.

El antiguo constituyente Laissac, alojado, como Michel de Bourges, en la vecindad (calle Gaillard, número 4), acudió también a casa de Versigny. Traía las mismas noticias y anunciaba nuevos arrestos verificados durante la noche.

No había que perder ni un minuto.

Fueron a poner en guardia a Yvan, secretario de la Asamblea nombrado por la izquierda, que vivía en la calle de Boursault.

Era preciso reunirse; era preciso advertir y convocar inmediatamente a los representantes republicanos que todavía estaban en libertad. Versigny dijo:

—Yo me encargo de localizar a Victor Hugo.

Eran las ocho de la mañana y yo estaba ya despierto, trabajando en la cama. Entró mi criado y me dijo con un cierto aire de espanto:

—Hay un representante del pueblo que quiere hablar con el señor.

—¿Quién es?

—El señor Versigny.

—Hazlo entrar.

Entró Versigny y me contó el asunto. Salté de la cama.

Me anunció la cita en casa del antiguo constituyente Laissac.

—Vaya a avisar a otros representantes —le dije.

Me dejó.

III. LO QUE HABÍA PASADO DURANTE LA NOCHE

Antes de los fatales días de junio de 1848, la Explanada de los Inválidos estaba dividida en ocho grandes cuadrados de césped rodeados por barandillas de madera, encerrados entre dos macizos de árboles separados por una calle perpendicular a la fachada de los Inválidos. Cortaban esta calle otras tres paralelas al Sena. Había por allí grandes extensiones de césped donde jugaban los niños. El centro de los ocho cuadrados estaba señalado por un pedestal que sostuvo bajo el Imperio el león de bronce de San Marcos, tomado en Venecia; bajo la Restauración, una estatua de Luis XVIII en mármol blanco, y bajo el reinado de Luis Felipe, un busto en yeso de Lafayette. Como los cuarteles escaseaban en los alrededores y el palacio de la Asamblea Constituyente estuvo a punto de caer en manos de una columna de insurgentes el 22 de junio de 1848, el general Cavaignac hizo construir, a trescientos pasos del palacio legislativo, varias hileras de amplios barracones bajo los cuales desapareció el césped. Estos barracones, en los que se podía alojar a tres o cuatro mil hombres, recibieron tropas destinadas especialmente a defender la Asamblea Nacional.

El 1 de diciembre de 1851, los dos regimientos acuartelados en los barracones de la Explanada eran el 6.º y el 42 de Línea; el 6.º comandado por el coronel Garderens de Boisse, famoso antes del 2 de diciembre; el 42, por el coronel Espinasse, que lo fue a partir de entonces.

La guardia nocturna ordinaria del palacio de la Asamblea estaba compuesta por un batallón de infantería y treinta soldados de artillería con un capitán. El Ministerio de Guerra, además, enviaba varios jinetes destinados a hacer el servicio de ordenanza. Dos obuses y seis piezas de cañón con sus furgones estaban alineados en un espacio pequeño y cuadrado, situado a la derecha del patio de honor, que recibía el

nombre de patio de los cañones. El jefe del batallón, comandante militar del palacio, estaba bajo las órdenes inmediatas de los cuestores. Llegada la noche, se cerraban las rejas y las puertas, se ponían centinelas, se daban las consignas, y el palacio quedaba cerrado como una ciudadela. El santo y seña era el mismo que el de la plaza de París.

Las consignas especiales redactadas por los cuestores prohibían la entrada a cualquier otra fuerza que no fuera la tropa de servicio.

En la noche del 1 al 2 de diciembre, el palacio legislativo estaba guardado por un batallón del 42.

La sesión del 1 de diciembre, muy apacible, y consagrada al examen de la ley municipal, había terminado a una hora muy avanzada, después de efectuarse un escrutinio en la tribuna. En el momento en que el señor Baze, uno de los cuestores, subía a la tribuna para depositar su voto, un representante que pertenecía a lo que se llamaba «los bancos del Elíseo», se acercó a él y le dijo en voz baja: «Le llevarán a usted esta noche». Todos los días se recibían esta clase de avisos y, como hemos explicado antes, se acabó por no hacerles ningún caso. Sin embargo, inmediatamente después de la sesión, los cuestores hicieron llamar al comisario especial de policía de la Asamblea. El presidente Dupin estaba presente. El comisario, que fue interrogado por espacio de largo tiempo, declaró que los asuntos de sus agentes estaban «en calma chicha». Esa fue su expresión. Indicó, también, que no había nada que temer por aquella noche. Como insistiese el cuestor, el presidente Dupin exclamó: «¡Bah!», y se fue.

En la misma jornada del 1 de diciembre, hacia las tres de la tarde, cuando el suegro del general Le Flô atravesaba el bulevar delante de Torton, alguien pasó rápidamente por su lado, y murmuró a su oído estas significativas palabras: «De once a doce». No se conmovió la cuestoría y algunos

hasta se echaron a reír. Era la costumbre que se había adoptado. Sin embargo, el general Le Flô no quiso acostarse antes de que hubiera pasado la hora indicada, y se quedó en las oficinas de la cuistoría justo hasta la una de la madrugada.

El servicio taquigráfico de la Asamblea lo hacían, en el exterior, cuatro comisionados agregados al *moniteur* que estaban encargados de llevar las copias taquigráficas a la imprenta y de volver a traer las pruebas al palacio de la Asamblea, donde Hippolyte Prévost las corregía. El señor Hippolyte Prévost, jefe del servicio taquigráfico y, en su calidad de tal, alojado en el palacio legislativo, era, al mismo tiempo, redactor del folleto musical del *moniteur*. El 1 de diciembre había ido a la Ópera Cómica para asistir a la primera representación de una nueva pieza y no regresó hasta medianoche. Uno de los cuatro comisionados del *moniteur* le esperaba con la prueba del último folleto de la sesión. El señor Prévost corrigió la prueba y el comisionado se marchó. En aquel momento, algo más de la una, la tranquilidad era profunda; exceptuando la guardia, todo el mundo dormía en el palacio.

Poco después se produjo un incidente singular. El capitán ayudante mayor del batallón de guardia en la Asamblea fue al encuentro del jefe del batallón y le dijo: «El coronel me ha hecho llamar». Añadiendo, según el reglamento militar: «¿Me permite usted que vaya?». El comandante se extrañó. «¡Hágalo! —le dijo con cierto enojo—; pero el coronel hace mal en molestar a un oficial de servicio». Uno de los soldados de la guardia, sin comprender el sentido de las palabras, oyó cómo el comandante se paseaba a lo largo y lo ancho de la habitación, repitiendo varias veces: «¿Qué diablos puede querer?».

Una media hora después volvió el ayudante mayor. «Y bien —preguntó el comandante—, ¿qué diablos quería el coronel?». «Nada —respondió el ayudante—; tenía que dar-

me unas órdenes para el servicio de mañana». Transcurrió una parte de la noche. Hacia las cuatro de la madrugada, el ayudante mayor volvió junto al jefe del batallón y dijo: «Mi comandante, el coronel me llama». «¡Otra vez! —exclamó el comandante—, esto me parece muy extraño. Vaya usted a ver qué pasa».

El ayudante mayor, entre otras funciones, estaba encargado de dar las consignas y, por lo tanto, de anularlas.

En cuanto éste salió, el jefe del batallón pensó que su deber era advertir al comandante militar del palacio. Subió a los aposentos del comandante, que era el teniente coronel Niol; el coronel Niol estaba acostado. Los criados a su servicio se habían retirado a sus habitaciones, en la parte alta. El jefe del batallón era nuevo en el palacio y lo conocía poco; tanteando por los pasillos llegó a una puerta que le pareció la del comandante militar, y llamó. Nadie acudió a abrir. El jefe del batallón volvió a bajar sin haber podido hablar con nadie.

Por su parte, el ayudante mayor regresó al palacio, pero el jefe del batallón no le vio. El ayudante se quedó cerca de la reja de la plaza de Borgoña, envuelto en su capa y paseando por el patio en actitud de inquieta espera.

En el instante en que sonaban las cinco en el gran reloj del campanario, las tropas que dormían en los barracones de los Inválidos fueron despertadas bruscamente. En todas las dependencias se dio en voz baja la orden de que tomaran las armas en silencio. Poco después, dos regimientos, con la mochila a la espalda, se dirigían hacia el palacio de la Asamblea. Eran los 6.º y 42 de Línea.

Al dar aquellas cinco campanadas, de todos los puntos de París salía la infantería de los cuarteles, silenciosamente, con sus coroneles a la cabeza. Los ayudas de campo y los oficiales de ordenanza de Luis Bonaparte, diseminados por todos los acuartelamientos, presidían la toma de armas. La

caballería no se puso en movimiento hasta tres cuartos de hora después que la infantería, por miedo a que el ruido de los cascos de los caballos sobre el pavimento despertara a todo París.

Persigny, que había llevado desde el Elíseo al campamento de los Inválidos la orden de tomar las armas, marchaba a la cabeza del 42, al lado del coronel Espinasse. Se ha contado en el ejército —y hoy, hastiados como estamos de aquellos hechos tan dolorosos para el honor, se relata con una especie de sombría indiferencia—; se ha contado, decimos, que en el momento de salir con su regimiento, uno de los coroneles al que podríamos nombrar, dudó, y Persigny, el hombre del Elíseo, sacando entonces de su bolsillo un paquete envuelto, le dijo: «Coronel, convengo con usted en que nos metemos en una gran aventura. Aquí tiene usted este paquete que me han encargado le entregara a usted; son cien mil francos en billetes de banco, *para las eventualidades*». El paquete fue aceptado y el regimiento partió.

La noche del 2 de diciembre, aquel mismo coronel decía a una mujer: «Esta mañana he ganado cien mil francos y las charreteras de general». La mujer le echó de su lado.

Xavier Durrieu, que ha sido quien nos contó este pasaje, sintió curiosidad por conocer a aquella mujer, la cual le confirmó los hechos. ¡Cierto!, ella había echado a ese miserable: ¡un soldado, traidor a su bandera, se atrevía a frecuentar su casa! ¡Recibir a un hombre así! ¡No! ¡Ella no era de ésas! «Y —decía Xavier Durrieu— añadió: “¡Yo no soy más que una prostituta!”».

Algo misterioso ocurría también en la prefectura de policía.

Los habitantes de la parte antigua de la ciudad, que volvían a sus casas a una hora avanzada, observaron un gran número de simones detenidos en diversos lugares, por grupos dispersos, en los alrededores de la calle de Jerusalén.

Desde las once de la noche de la víspera, bajo el pretexto de la llegada a París de los refugiados de Génova y de Londres, se había consignado en el interior de la prefectura a la brigada de seguridad y a los ochocientos agentes de policía. A las tres de la madrugada fue enviada una orden de convocatoria a los domicilios de los cuarenta y ocho comisarios de París y de los suburbios, y a los jefes de la policía. Una hora después llegaban todos ellos. Se los introdujo en habitaciones separadas, aislados el máximo posible unos de otros.

A las cinco, en el gabinete del prefecto sonaron dos golpes de campanilla; el prefecto Maupas llamó uno tras otro a los comisarios de policía, les reveló el proyecto y les distribuyó la parte del crimen que le tocaba a cada uno. Nadie se negó; algunos dieron las gracias.

Se trataba de sorprender en sus domicilios a setenta y ocho demócratas, influyentes en sus respectivos barrios, a los que el Elíseo temía como posibles jefes de barricadas. Y era preciso realizar un atentado todavía más audaz: arrestar en sus casas a dieciséis representantes del pueblo. Para llevar a cabo esta tarea, se eligió entre los comisarios que parecían más aptos para convertirse en bandidos. Entre ellos se repartió a los representantes. Cada uno tuvo el suyo. Charras fue confiado a un tal Courtille; Nadaud a un tal Desgranges; el señor Thiers fue encomendado al mayor de ellos, un tal Hubaut; y el general Bedeau al más joven. El general Changarnier le tocó a Lerat y el general Cavaigne a Colin. Dourlens tuvo al representante Valentin; Benoist al representante Miot, y Allard a Cholat. Berlet se ocupó del señor Roger du Nord; el general Lamoricière le tocó al comisario Blanchet. El comisario Gronfier tuvo al representante Greppo, y el comisario Boudrot al representante Lagrange. A los cuestores se los distribuyeron de la siguien-

te forma: el señor Baze a un tal Primorin, y el general Le Flô a un tal Bertoglio.

Los mandatos de arresto de los representantes habían sido redactados con sus nombres en la misma oficina del prefecto. Se había dejado en blanco únicamente el nombre de los comisarios, los cuales se pusieron en el mismo momento de la partida.

Como la fuerza armada que tendría que acompañarlos constituía un verdadero problema, se decidió que cada comisario fuese asistido por dos pelotones, uno de agentes de policía uniformados, y otro de agentes de paisano. Tal como el prefecto Maupas había asegurado a Bonaparte, el capitán de la guardia republicana Baudinet acompañó al comisario Lerat para proceder al arresto del general Changarnier.

Hacia las cinco y media se acercaron los simones y todos partieron, cada uno con sus respectivas instrucciones.

Durante ese tiempo, en otro rincón de París, en la vieja calle del Temple, en el antiguo hotel Soubise que se convirtió en Imprenta Real, hoy Imprenta Nacional, se estaba preparando otra parte del atentado.

Hacia la una de la madrugada, un transeúnte que se dirigía hacia la vieja calle del Temple por la calle de las Vieilles-Haudriettes, observó, en la esquina de estas dos calles, que varias ventanas, anchas y altas, estaban vivamente iluminadas. Eran las ventanas de los talleres de la Imprenta Nacional. Torció a la derecha y entró en la vieja calle del Temple; instantes después, pasó por delante de la media luna en donde se abre el portal de la imprenta; la enorme puerta estaba cerrada; dos centinelas guardaban la falsa puerta lateral que estaba entreabierta. Por ella el transeúnte miró dentro del patio de la imprenta y vio que estaba lleno de soldados. Los soldados no hablaban, no se oía ningún ruido, pero se veía el brillo de las bayonetas. Sorprendido, el transeúnte se